

XXXV UNIVERSITAT D'ESTIU D'ANDORRA
DEL 3 AL 6 DE SETEMBRE DEL 2018

Sessió del 4 de setembre del 2018

¿QUÉ VALORES PARA QUÉ SOCIEDAD?
NOTAS SOBRE CULTURA Y VALORES

Joan Subirats

Doctor en ciències econòmiques per la Universitat de Barcelona.
Catedràtic de ciència política, fundador i investigador de l'Institut de Govern
i Polítiques Públiques de la Universitat Autònoma de Barcelona

Doctor en ciencias económicas por la Universidad de Barcelona.
Catedrático de ciencia política, fundador e investigador del Instituto de Gobierno
y Políticas Públicas de la Universidad Autónoma de Barcelona

Docteur en sciences économiques de l'Université de Barcelone.
Professeur des universités en sciences politiques, fondateur et chercheur
de l'Institut de Gouvernement et Politiques Publiques de l'Université Autonome de Barcelone

Per citar aquest article / Para citar este artículo / Pour citer cet article :

SUBIRATS, Joan. « ¿Qué valores para qué sociedad? Notas sobre cultura y valores » [en línia], a: Universitat d'Estiu d'Andorra (35a : 3 - 6 set., 2018 : Andorra la Vella). *Els valors: passat i futur = Los valores: pasado y futuro = Les valeurs : passé et futur*. Andorra: Govern d'Andorra. Ministeri d'Educació i Ensenyament Superior. Universitat d'Estiu d'Andorra, 2018, p. 44-53 (978-99920-0-870-6) <<http://www.universitatestiu.ad/UEA2018>

Entiendo que cualquier debate sobre cultura y sociedad requiere situar la reflexión en el momento en que vivimos, no solo en cada lugar en concreto, sino también en el escenario global. Y no solo en la coyuntura concreta que marca una específica situación política o los efectos de la profunda crisis económica que atravesamos, sino también en un marco de cambio de época. En ese escenario de gran transformación histórica provocada por el cambio tecnológico y la globalización, el debate sobre cultura, sobre valores, vuelve a estar en primer plano.

Elementos de cambio de época

Nuestras sociedades han cambiado muy profundamente en muy pocos años.

Los principales parámetros socioeconómicos y culturales que fundamentaron durante más de medio siglo la sociedad industrial están quedando atrás. Asistimos a una época de transformaciones de fondo y a gran velocidad. El cambio predomina sobre la estabilidad, miremos donde miremos. Y así, los instrumentos de análisis y reflexión que apoyaron nuestra interpretación del estado de cosas anterior (el llamado *estado fordista*, *estado industrial* o *estado del bienestar*) resultan cada vez más obsoletos.

Tradicionalmente se ha venido considerando que los espacios de socialización básicos eran la familia, la escuela, el barrio o la comunidad en la que uno habitaba y el trabajo. En todos y cada uno de estos ámbitos o esferas de convivencia, los cambios y las transformaciones han sido muy significativos.

En la esfera productiva, el impacto de los grandes cambios tecnológicos ha modificado totalmente las coordenadas del industrialismo. Palabras como *flexibilización*, *adaptabilidad* o *movilidad* han reemplazado a *especialización*, *estabilidad* o *continuidad*. La sociedad del conocimiento busca el valor diferencial, la fuente del beneficio y de la productividad en el capital intelectual frente a las lógicas anteriores centradas en el capital físico y humano. Como ha señalado Ulrich Beck, lo que está en juego es la propia concepción del trabajo como elemento estructurante de la vida, de la inserción y del conjunto de relaciones sociales. Asistimos a un doble fenómeno: por un lado, hay más demanda de alta especialización, de mayor valor añadido del trabajo

productivo, pero, al mismo tiempo, hay más necesidad y demanda de trabajos de bajo valor añadido, vinculados a los servicios o a la manipulación final de productos. En general, hemos asistido a una reciente precarización de los puestos de trabajo disponibles o creados en estos últimos años en Europa. En definitiva, el capital se nos ha hecho global y permanentemente movilizable y movilizado, mientras que el trabajo es cada vez menos permanente y está más condicionado por la volatilidad del espacio productivo. Como dice Zygmunt Bauman, si antes teníamos una vida y un trabajo, ahora tenemos muchos trabajos que configuran muchas experiencias vitales. Y todo ello contribuye a aminorar la capacidad que tenía la continuidad del espacio productivo industrial para generar vínculos, lazos, mecanismos de solidaridad y reciprocidad, como bien nos ha recordado Richard Sennett.

Desde el punto de vista de la estructura social o de los ámbitos de convivencia, la sociedad industrial nos había acostumbrado a estructuras relativamente estables y previsibles. Hemos asistido en poco tiempo a una acelerada transición desde esa sociedad hacia una realidad compleja, caracterizada por una multiplicidad de ejes cambiantes de desigualdad. Si antes las situaciones problemáticas se concentraban en sectores sociales que disponían de mucha experiencia histórica acumulada al respecto, y que habían ido desarrollando respuestas, ahora el riesgo podríamos decir que se ha «democratizado», castigando más severamente a los de siempre, pero golpeando también a nuevas capas y personas. Frente a la anterior estructura social de grandes agregados, de fuertes relaciones entre estructuras de clase y hábitats territoriales, con importantes continuidades, tenemos hoy un mosaico cada vez más fragmentado e inestable de situaciones de pobreza, de riqueza, de fracaso y de éxito, que, si bien se concentran más en unos barrios que en otros, salpican cualquier rincón de nuestras ciudades y pueblos. Es evidente, además, y solo hay que pasear por nuestras calles, para darse cuenta de la gran explosión de heterogeneidad que ha supuesto la masiva llegada de nuestros nuevos vecinos.

Desde el punto de vista de las relaciones de familia y de género, los cambios no son menores. El ámbito de convivencia primaria no presenta ya el mismo aspecto que tenía en la época industrial. Los hombres trabajaban fuera del hogar, mientras que las mujeres asumían sus responsabilidades reproductoras y cuidaban a marido, hijos y ancianos. Las mujeres no precisaban formación específica y su posición era dependiente, económica y socialmente. El esce-

nario es hoy muy distinto. La equiparación formativa entre hombres y mujeres es muy alta. Ya hay más mujeres que hombres en las aulas de nuestras universidades. La incorporación de las mujeres al mundo laboral aumenta sin cesar, a pesar de las evidentes discriminaciones que se mantienen. Pero, al lado de lo muy positivos que resultan esos cambios para devolver a las mujeres toda su dignidad personal, lo cierto es que los roles en el seno del hogar apenas si se han modificado. Y, con todo ello, se provocan nuevas inestabilidades sociales, nuevos filones de exclusión, en los que la variable género resulta determinante.

Existe una clara contradicción entre los cambios acelerados a los que asistimos y nos afectan, y la tenacidad con la que seguimos sosteniendo un conjunto de prejuicios sobre temas que han cambiado muy rápidamente. Y eso es así en relación con las trayectorias vitales, el tema del trabajo, los distintos tipos de familia o las maneras de comunicarnos o informarnos. Todo ello está en profunda mutación. Por ejemplo, hemos utilizado a menudo una concepción de la vida muy vinculada a un trabajo estable que estructuraba la vida de cada quien, y sabemos que eso no ha sido así ni para todo el mundo ni para cualquier lugar. Un trabajo que se acostumbraba a vincular con la fase inicial de la formación y el aprendizaje, y que te acompañaba toda la vida, saliendo del mismo solo al final de la propia existencia. Pero sin incorporar a ese concepto de «trabajo» muchas labores de cuidado y subsistencia que nunca se reconocieron. Entendemos que estamos ahora ante trayectorias vitales mucho más complejas, heterogéneas y diversificadas.

Valores, cultura y políticas culturales

En cada lugar se enfrentan relatos distintos sobre qué futuro es deseable y desde dónde encarar las posibles salidas. Culturas de la competencia y de la colaboración, de memoria o patrimonio, pero también de innovación y alter-natividad. Culturas establecidas y culturas ocultadas o emergentes. Hablar de cultura nos lleva inevitablemente a hablar de valores, de política.

Más allá del debate sobre la necesidad o no de que exista una política cultural, es decir, una voluntad de intervención institucional en relación con la creación y el acceso a las distintas formas y expresiones culturales, lo cierto es que

no es posible imaginar un espacio, un entorno social, sin cultura (entendida asimismo en sus más diversas acepciones). Y, en este sentido, cualquiera que desee defender una idea de sociedad, que quiera proyectar en sus espacios y dinámicas de intervención un conjunto de valores e ideas, no puede dejar de tener una política cultural. Es decir, un programa de acción que, al margen de salvaguardar el patrimonio y de cuidar de lo que denominaríamos *alta cultura ilustrada*, trate de establecer prioridades, ayude a poner en práctica valores considerados esenciales, redistribuya costes y beneficios, mejore dinámicas de acceso o reconozca sujetos y colectivos desde sus distintas prácticas. En este sentido, podemos ver cómo han ido evolucionando el sentido de las políticas culturales en los últimos tiempos.

Una política cultural no puede hoy desprenderse de un conjunto de valores que orienten sus objetivos y que nutran sus prácticas. En este sentido, es preciso politizar la política cultural, es decir, aceptar que, dependiendo de las opciones que tome, estará beneficiando a unos y perjudicando a otros. No hay opción política que pueda quedar al margen de una distribución desigual de costes y beneficios. Desde este punto de vista, cualquier política cultural deberá plantear a qué valores quiere servir, qué horizonte normativo quiere alcanzar. No se trata, por tanto, de optar entre distintas estrategias aparentemente neutrales o rodeadas de aureolas técnicas impecables. ¿Queremos una política cultural que potencie la capacidad de agencia de sus habitantes, su autonomía personal y colectiva? ¿Entendemos que una política cultural no puede quedar al margen de las dinámicas de desigualdad que siguen creciendo en muchas sociedades y que, por tanto, deberá cuidar los problemas de acceso y la necesaria redistribución de recursos y capacidades educativas y culturales? ¿Podemos imaginar una política cultural que no se plantee hoy, en plena explosión de la diversidad, acciones y estrategias que no partan del necesario reconocimiento de la heterogeneidad en todas sus vertientes y dimensiones?

Si respondemos positivamente a estas cuestiones, entenderemos que autonomía, igualdad y diversidad son, desde este punto de vista, valores conceptuales básicos (véase la Figura 1). Valores que deberán estar presentes en una política cultural que quiera contribuir a los procesos de transformación social necesarios en pleno cambio de época («valores intrínsecos» que informan «valores institucionales» y que ponen límites a lo que Holden denominó *valores instrumentales*).

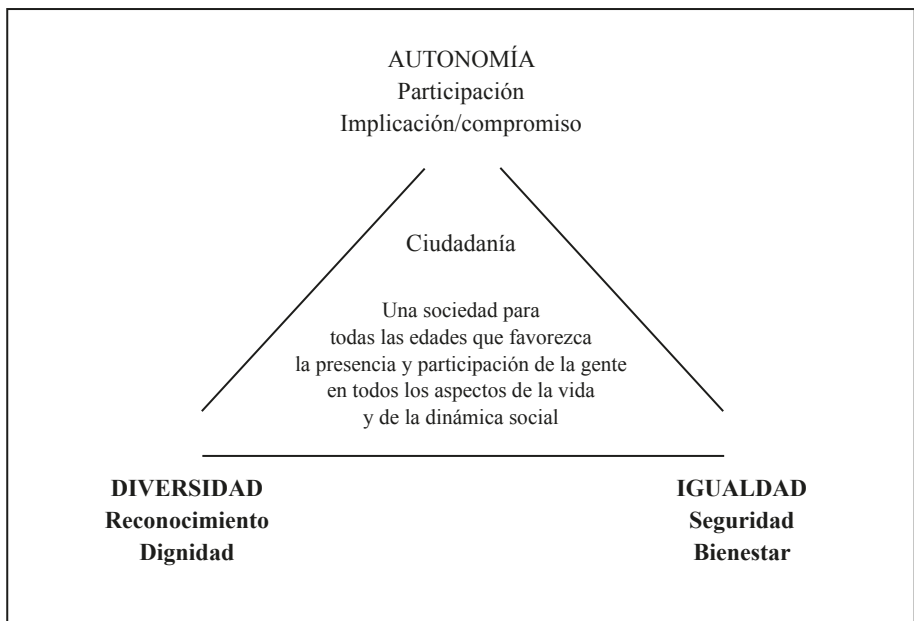


Figura 1. Ciudadanía y valores básicos para una nueva configuración de las políticas culturales
Fuente: elaboración propia

Muchos de los elementos que configuraron la sociedad industrial y que contribuyeron a la configuración de las políticas públicas en la segunda mitad del siglo xx están hoy irremediamente en crisis. La propia idea de trabajo, la estructuración familiar, los formatos de agregación social, los ciclos vitales relacionados con las distintas edades, la generación de conocimiento y las estructuras tradicionales de intermediación, son todos ellos elementos que están hoy en cuestión. Y parece claro que el debate cultural, con el significado de construcción de sentido y de visión, es más necesario que nunca. Un debate cultural que busque tomar partido, es decir, que no evite los dilemas que genera una distribución inequitativa de recursos en los canales de acceso a las distintas expresiones de cultura.

En este sentido, convendría superar una visión de la cultura que se limitara a destacar aquellas visiones más estrictamente instrumentales, es decir, concepciones que sitúan a las distintas expresiones culturales como esencialmente vinculadas a las dinámicas de desarrollo económico, o a las promociones de lugares (*branding*, imagen turística). En otro sentido, incluiríamos en esta vi-

sión muy instrumental o funcional de cultura aquellas operaciones conectadas a dinámicas de reconversión, en la que se vinculan las iniciativas culturales (museos, centros de arte, teatros de ópera, festivales...) a operaciones urbanísticas de largo alcance. Todo ello no implica que pretendamos desconocer el valor que tiene y la significación cultural que pueda contenerse en operaciones de este tipo, pero nos gustaría imaginar que es posible evitar lógicas estrictamente utilitarias que, muchas veces, acaban perjudicando la entidad y continuidad de lo que (culturalmente) se pretendía llevar a cabo. De ahí a hablar de derechos culturales solo hay un paso. Un paso que nos conviene dar para ir más allá de conceptos como *consumo cultural*.

Deberemos, por tanto, hablar de cultura y de espacio, situando esa relación en un tiempo y en un lugar determinados. Una cultura «situada» implica relacionar las acciones culturales que ya se llevan a cabo o las que se quiera emprender con los problemas y las expectativas concretas que allí y entonces están aconteciendo. Sabiendo que pensar en dinámicas culturales en un contexto determinado implica ser consciente de los efectos que ello genera y puede seguir generando precisamente en la transformación de ese contexto.

Cultura y cambio. Algunos interrogantes

Mencionábamos antes autonomía personal, igualdad y diversidad como tres parámetros normativos claros sobre los que construir una política cultural en cualquier lugar. Y si ello es así, es porque no podemos hablar de cultura sin referirnos a educación, a sanidad, a trabajo o a subsistencia y a dignidad individual y colectiva. La política cultural al uso esconde muchas veces esos dilemas, dando por supuestos los valores de partida. No podemos desconectar educación de cultura o de trabajo cuando todos sabemos que la dimensión cultural resulta hoy clave para poder afrontar los interrogantes sobre procesos productivos, sobre nuevas ocupaciones laborales, en las que predominan necesidades vinculadas a creatividad, innovación, adaptabilidad, aceptación de la diversidad, emprendimiento, etc. Tampoco podemos desconectar cultura de salud (condicionantes sociales de la salud), ni tampoco de democracia o de participación política, ya que la correlación entre nivel educativo y cultural y grado de seguimiento e implicación en las actividades y responsabilidades ciudadanas está más que demostrado.

Estamos en un periodo de interregno (Bauman), de transición entre dos épocas, y el debate cultural de cualquier lugar no puede escapar de ello. La política cultural de las instituciones representativas ha de tratar de incidir positivamente en ese escenario, favoreciendo la conversión y adaptación de los equipamientos culturales ya existentes; ayudando a la consolidación de las experiencias que, de manera más integral, se sitúen en esa transición; abriendo espacios; generando conexiones; experimentando con otros sectores; hibridando prácticas y artes, y favoreciendo el surgimiento de nuevos espacios que construyan prototipos, experimenten nuevos lenguajes y construyan nuevas prácticas. Entre artistas, educadores, diseñadores, activistas o espacios comunitarios.

Debemos, pues, preguntarnos qué sentido tienen las dinámicas culturales que se impulsan desde los gobiernos. A qué valores responden. Cómo se conectan con las otras políticas que otros actores sociales vienen llevando a cabo. Cómo podemos conectar mejor y mejorar esas prácticas y esas dinámicas. Cómo se contribuye desde la cultura a que las sociedades sean menos dependientes, más abiertas y puedan decidir más autónomamente sobre su futuro. Para ello conviene revisar lo que se está haciendo, evaluar los resultados de esas prácticas y pensar nuevas dinámicas que nos ayuden a situar mejor el tema y favorecer una transición tranquila y, al mismo tiempo, sólida.

Algunos de los dilemas claves a afrontar tienen que ver no solo con los aspectos conceptuales mencionados (absolutamente necesarios en cualquier configuración de políticas culturales), sino también con el despliegue sustantivo de esos conceptos en los distintos sectores de intervención y, evidentemente, también con las dinámicas operativas que implica la pluralidad (necesaria y positiva) del gran número de creadores y agentes culturales que cualquier sociedad contiene y alberga. Una política pública ha de preocuparse de los valores que explican y dan sentido a su existencia, pero también de cómo se despliega y qué ámbitos de acción incorpora. Y, sin duda, qué grado de protagonismo institucional es aceptable, qué alianzas con otros actores son necesarias y cómo distinguir entre regulación, financiación y gestión de cada una de las actuaciones o intervenciones que se pretenden llevar a cabo. Cada sociedad tiene un *cultural mix* específico que mezcla protagonismos institucionales, asociativos, mercantiles y comunitarios. Y es ese conjunto plural de intervenciones el que acaba configurando un espacio cultural público y social determinado.

Cada vez resulta más claro que el cambio de época no permite mantener políticas simplemente continuistas ni tampoco rutinas procedimentales que pueden parecer seguras, pero que cada vez resultarán más obsoletas. No se trata de modular las respuestas de siempre para adaptarlas a una situación coyuntural de crisis. En muchos casos hay que repensar las preguntas. ¿Siguen teniendo sentido los museos? ¿Qué papel juegan las bibliotecas en el escenario digital? ¿La división entre especialidades y sectores creativos sigue siendo descriptiva de una realidad artística cada vez más híbrida? ¿Cómo incardinar autoría con lógicas colaborativas y abiertas? ¿Qué modelos de subsistencia artística y creativa son posibles en un escenario de precarización generalizada? ¿Cómo se articula la colaboración institucional, social y comunitaria? ¿No deberíamos superar la concepción que equipara lo institucional con lo público? Estas y muchas otras preguntas sobre financiación, autonomía, rendición de cuentas, apropiación de resultados... están hoy presentes en cualquier lugar y en cualquier política cultural que pretenda sintonizar con los dilemas que plantea el cambio de época en el que estamos inmersos.